

MAJES

Agua para el riego, pero no para quienes la trabajan. Migración urbana, desigualdades de género en el acceso al agua e impactos en la salud y la nutrición

Majes-Pedregal es uno de los ejemplos más claros de cómo un proyecto de irrigación puede transformar el paisaje agrícola sin resolver (e incluso profundizar) la inseguridad hídrica doméstica. Planificada originalmente para albergar alrededor de 40,000 personas, la ciudad supera hoy los 120,000 habitantes, producto de décadas de migración atraída por la disponibilidad de tierras agrícolas bajo el Proyecto Especial Majes-Siguas (PEMS).

Sin embargo, este crecimiento ocurrió principalmente mediante ocupaciones informales del territorio: cerca del 61% de las viviendas no cuenta con título de propiedad, lo que limita el acceso formal a servicios básicos como agua, saneamiento y electricidad.



Foto 1. Participante entrevistada en Majes. Vive en una vivienda sin título de propiedad y, por ello, carece de conexión a agua potable y desagüe. Compra agua por baldes a vecinos que sí cuentan con título y acceso a la red.

El resultado es un mapa de acceso al agua profundamente desigual. Mientras los sectores centrales y más antiguos cuentan con abastecimiento continuo, los asentamientos periféricos reciben agua aproximadamente cada 13 días, y al menos 30 asentamientos dependen exclusivamente de camiones cisterna. La paradoja central del estudio es que más del 90% de los hogares en parcelas agrícolas (conectados a los canales de irrigación del PEMS, que sostiene la economía de la ciudad), no tienen acceso a agua potable.

Esta inequidad no es casual: responde a una combinación de migración acelerada, infraestructura pública que no creció al ritmo de la población, y una priorización histórica del agua para riego agrícola por sobre el consumo doméstico.



Foto 2. Participante en una vivienda ubicada en las parcelas agrícolas, donde el único acceso al agua proviene directamente del canal de regadío, sin ningún tratamiento.



Foto 3. Localidad "Ciudad Perdida", donde cada familia recibe un solo bidón de agua potable por semana.

Las consecuencias se sienten en la salud y en la vida cotidiana de las familias. Familias reportan episodios recurrentes de enfermedades gastrointestinales e infecciones cutáneas en niños y niñas, así como una reducción en la diversidad de su alimentación. Y, como ocurre en muchos contextos de inseguridad hídrica, son las mujeres quienes asumen la mayor carga del manejo, almacenamiento y búsqueda de agua para el hogar, una carga que rara vez es visible en las estadísticas oficiales, pero que estructura la vida diaria de miles de familias migrantes.



Foto 4. Localidad sin acceso a agua potable (ni por red ni por camión cisterna) cuyas familias consumen agua del canal de irrigación. Algunas recurren a prácticas caseras de tratamiento, como hervir el agua, dejarla sedimentar o desinfectarla con lejía.

SOBRE EL ESTUDIO Y CONTACTO

Los resultados de este estudio se encuentran actualmente en fase de análisis y redacción de artículos científicos e informes de incidencia. Para mayor información sobre la investigación, acceso a resultados o posibles colaboraciones, puede escribir a:

Dr. Jorge L. Cañari-Casaño.

Correo: jcanari@iin.sld.pe

Instituto de Investigación Nutricional (IIN), Lima, Perú.